

Vivir de fe sin signos en tiempos de mala fe

# La tentación del que ha vencido las tentaciones

Pedro Trigo, s.j. \*

“El tentador lo llevó a lo más alto del templo y le dijo: ‘Zúmbate de aquí abajo porque está escrito: ‘Ha dado órdenes a sus ángeles para que te cuiden y te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece en la piedra’. Le respondió Jesús: Está escrito: ‘No tentarás al Señor tu Dios’” (Lc 4,9-12)

**E**n la lógica de Lucas la tercera tentación solo tiene sentido si se han superado las otras dos. En efecto, solo si se es libre respecto de las necesidades y del poder y la gloria, solo si se vive resueltamente de fe, puede asaltar la pregunta de si Dios es digno de fe, de si se puede contar con que va a responder en todo caso a la confianza depositada en él.

La primera tentación es la más elemental y perentoria, es, pues, la primera, porque somos seres de necesidades. No es tan fácil superar esta tentación, no es tan fácil llegar a decir, como decía Pablo de sí: “me las bandeó con la misma paz y libertad cuando paso necesidad, que cuando tengo lo suficiente, porque lo puedo todo en aquél que me conforta” (Filp 4,12-13). Solo la fe capacita para pasar penurias en paz porque se pasan con Dios, que es la fuente de la vida.

La segunda tentación versa sobre nuestra condición de seres de sueños y deseos ilimitados e insaciables. El que tiene a Dios por la fe es cierto que no necesita andar deseando grandezas que, además, le impiden vivir como hijo suyo y hermano de los demás. No tiene ningún interés en doblegarse a la lógica de la dirección dominante, una lógica realmente diabólica (lo diabólico es literalmente lo que divide) porque nos endiosa falsamente y así nos separa de él y de los demás.

Solo a quien ha superado estas dos tentaciones, a quien con toda sinceridad vive en el horizonte de la fe, puede plantearse la tentación de si esa fe que depositó en Dios no se verá burlada.

## ¿PUEDO FIARME DE AQUÉL EN QUIEN DEPOSITO MI CONFIANZA?

La fe es la entrega personal a otro, basada en la confianza que se tiene en él, una confianza fundada en que sabemos que conoce nuestro bien y quiere y puede ayudarnos. Esa es la fe que muchos niños llegan a depositar en sus padres. Por ella son capaces de superar el autocentramiento nacido del desvalimiento nativo y abrirse a sus indicaciones y llegar a compartir

con los hermanitos y arriesgarse a dar los primeros pasos y se atreven a estar sin su presencia física en la escuela y con otros que llegarán a ser amigos.

La fe es la flor del amor. Se puede amar sin fe. Por ejemplo, una mamá que sigue queriendo a su hijo, pero ya no cree en él por un cúmulo de desengaños. Sin embargo, no puede tenerse fe, en el sentido fuerte en que estamos hablando, sin amor.

Pues bien, esta entrega en fe es gratuita, este amor es libre e incondicionado. Por eso surge la pregunta por la correspondencia. De buenas a primeras parecería que no es así, que la fe se gana a pulso. En efecto, el niño confía en sus padres porque comprueba que satisfacen sus necesidades. Pero sus padres solo son dignos de fe si no lo hacen cumpliendo todos sus deseos y caprichos. Si obran así, no lo quieren; solo quieren que los deje tranquilos y por eso satisfacen sus demandas. En esta hipótesis el niño no se encuentra ante personas distintas de él y que lo quieren de manera constante y quieren su bien. En ese caso los padres son solo factores de sus necesidades y deseos, no sujetos, no personas. No hay relación de fe.

El niño que aprende a confiar en sus padres lo hace porque llega a la conclusión intuitiva de que ellos quieren su bien más aún que él y que lo saben mejor que él y por eso acaba descansando en ellos. Lo mismo podemos decir de dos enamorados. Si uno por el temor a perder el amor del otro se limita a decirle siempre que sí, deja de existir como persona y se reduce solo a satisfactor de sus deseos. No es digno de fe. Los amantes tienen que aprender que el otro es, en todo caso, otro y que se entrega como otro y permaneciendo siempre como otro. Tienen que aprender a respetar la otredad y a creer que esa libertad que se entrega permaneciendo siempre libre es buena para el otro, es su bien. El diálogo no puede ser para prevalecer sobre el otro sino para comprender y aceptar la revelación del otro y responder desde la incanjeable otredad.

Así pues, la entrega en fe es gratuita, este amor es libre e incondicionado. Por eso cada uno puede llegar a pensar: yo voy caminando en fe, sincera y honradamente; pero mis padres, mi esposa, mi amigo y Dios ¿me seguirán correspondiendo? Como el amor y, consiguientemente, la fe son libres, yo no puedo atarlos a mí, no puedo obligarlos a que me amen, ni siquiera con mi buen comportamiento ni con mi solicitud constante hacia ellos, ni con mis dones. No es fácil que en algún momento no surja la duda de si soy correspondido, de si puedo fiarme de ellos.

#### ¿PONER A PRUEBA A QUIEN SE AMA O FIARSE DE ÉL?

Si eso ocurre, solo dan dos posibilidades: una, ponerlos a prueba; otra, fiarme de ellos. Si me

inclino por la dirección de ponerlos a prueba, me voy alejando de la fe ya que no los dejo a ellos que se manifiesten desde ellos sino que los emplazo para que cumplan mis deseos. En ese momento dejan de ser sujetos libres y se reducen a objetos que satisfacen mis demandas. Ya no hay amor, no hay, por consiguiente, relación de fe.

Si no se quiere perder la fe, de la duda solo se puede salir confiando, confiando más, venciendo a la duda con más fe. No una fe ciega, pero tampoco una fe que emplaza. Una fe que se esfuerza en interpretar, desde la fe, los signos que da de sí la otra persona; una fe que pregunta con lealtad dispuesto a creer y a esperar.

Ahora bien, hay una diferencia entre la fe en los seres humanos y la fe en Dios. La fe es siempre gratuita e incondicionada. Se puede incluso mantener cuando el otro no es digno de fe, para que llegue a serlo. Así lo hacen los papás respecto de los niños, así lo hacen a veces los amantes ante el error de uno de ellos y así lo hace siempre Dios respecto de todos nosotros. Pero como ningún ser humano es absolutamente fiel ni digno de fe, puede llegar a retirar la fe o porque se cansó del otro o porque cree fundadamente que el otro le ha dicho que no establemente. Sin embargo, Dios no se muda. Siempre es digno de fe.

#### JESÚS, PIONERO Y CONSUMADOR DE LA FE

Jesús venció realmente las dos primeras tentaciones: era libre de la necesidad porque vivía del amor de su Padre; no ambicionaba el poder y la gloria porque sabía que lo separaban del Padre y de los demás, y lo único que él quería era vivir como Hijo de Dios y, consiguientemente, como Hermano nuestro. Por eso el tentador, percatándose de que realmente las había superado porque era una persona de fe, le interroga sobre la fiabilidad de esa fe. Él sin duda la tenía; pero ¿la tenía Dios en él? ¿Podía fiarse de Dios? Cuando lo necesitara ¿se haría presente para auxiliarlo?

Cuando Jesús salió de su casa, cuando dejó su oficio y su familia, se quedó literalmente sin nada. No tener dónde reclinar la cabeza puede llevar a la angustia o al endurecimiento y la insensibilidad. Jesús no se dejó llevar por nada de eso. En esas condiciones extremas de vida probó que, como se fiaba de su Padre, se fiaba de los que por su mediación llegaban a confiar también en ese Padre del cielo que él transparentaba. Nos enseñó que quien se fía de Dios, se fía de los que se fían de Dios. Ser Hijo suyo lo llevó a ser Hermano nuestro. Claro que no siempre comería ni siempre encontraría un techo para dormir, pero supo que de todos modos podía fiarse.

Sin embargo, en la cruz parecía que ya no había elasticidad, parecía que no cabía más que el emplazamiento a su Padre. Los líderes religio-

sos, como el tentador, le dicen: “ha confiado en Dios; que lo libre, si es que lo ama. Pues ha dicho que es hijo de Dios” (Mt 27,43). Se está muriendo, si Dios no lo salva de la muerte ¿cómo seguir sosteniendo razonablemente que se porta como Padre suyo? Parece que el dilema es perfecto: o acude y entonces es verdad que lo quiere como a Hijo o no acude y entonces Jesús solo era un iluso. En ese momento supremo ¿no se impone el emplazamiento?

Para Jesús, no. Para Jesús es el momento de consumir su fe: él dice que es Hijo de Dios y que ha vivido de fe. Muere dejándole a Dios la última palabra sobre su vida. Como realmente es Hijo, no quiere ser él quien tenga la última palabra sobre sí sino su Padre. Muere poniéndose en manos de su Padre, unas manos, no lo olvidemos, que no siente. En ese momento supremo la confianza en su Padre es superior a su experiencia de abandono.

Y en efecto, su Padre lo salvó de la muerte. No lo salvó de morir sino de la muerte. Si lo hubiera salvado de morir, lo hubiera salvado de nosotros. Lo hubiera salvado dejándonos a nosotros sin Dios y sin esperanza. Jesús no quería ser salvado así. Quería ser salvado como el Hermano que era. Murió como Hermano: llevándonos en su corazón y pidiendo perdón por sus asesinos. Y Dios resucitó al Hermano y en él nos aceptó a todos.

Jesús se fió, cuando parecía que no había nada que esperar, y su esperanza no quedó frustrada. Su Padre le respondió plenamente. Jesús no tentó a Dios y así llegó a ser no solo el pionero sino el consumidor de nuestra fe (Hbr 12,2). Eso quiere decir no solo ni principalmente que es nuestro modelo, nuestra inspiración, sino que su fe sostiene la nuestra.

#### **VIVIR DE FE CUANDO EL IMAGINARIO ESTABLECIDO NIEGA LA FE DESDE LA MALA FE**

El orden establecido, como el tentador, desconoce la fe. El imaginario que proyecta es el de la pista de atletismo en la que cada corredor corre por su propio canal y a nadie puede culpar de su derrota y a nadie tiene que agradecer de su triunfo. Él está solo. Los demás son solo colaboradores, satisfactores de sus deseos o competidores; si no entran en esas categorías, no existen para él. Ése es el contenido analítico del individualismo. Sin embargo, ese imaginario es tramposo. Porque en la realidad no todos tienen, ni mucho menos, las mismas posibilidades: las reglas de juego favorecen a unos, a la minoría, y colocan a la mayoría ante una desventaja casi insuperable. En este imaginario el perdedor no está injustamente discriminado; pierde porque no da la talla: no vale, no sabe, no puede, no tiene, no es. Se le insta a que se autoculpa bilice

y se ponga a valer. Si no lo hace o, si lo intenta y no puede, no tiene derecho a esperar de nadie.

Como se ve, este imaginario no solo carece de fe sino que positivamente tiene mala fe. Vivir en él de fe requiere una inmensa libertad, no solo para no aceptarlo sino para ser capaz de vivir sin aceptarlo, de vivir físicamente y de vivir sin morir de angustia: en paz y dinámicamente.

Así vivió Jesús y por eso lo mataron. Jesús sembró esa libertad en muchísimos otros. Eso significó para él su propuesta, tan paradójica, de que cargaran con su yugo (Mt 11,28-30). Los que dominan lo hacen despóticamente; ustedes: nada de eso (Mc 10,42-43). La propuesta de Jesús consistió en que nadie se descargara en nadie, en que cada quien cargara con lo suyo; y, sobre esa base, que se ayudaran unos a otros a llevar las cargas. Frente al salir de sí para poner a otros para sí; la reciprocidad de dones. Una vida enteramente basada en la fe mutua. Era una alternativa tan radical, que por eso lo mataron.

Hemos comenzado afirmando que la fe es la flor del amor y que llegamos a ser personas cuando vivimos de fe. Hoy estamos llamados a irnos haciendo personas cuando los amos del mundo no solo no creen en nadie sino que cominan a todos a que depositen su fe en los mercados y que por eso no aprueben nada que pueda llevar a que los mercados pierdan confianza; es decir, a que los grandes inversionistas retiren sus inversiones porque no vean seguridad o incremento en sus ganancias. Los políticos y los analistas económicos nos advierten que todos nos tenemos que sacrificar a ese fetiche.

Desde la fe en Dios y en nuestros seres queridos y en los seres humanos concretos que constituyen la humanidad, incluyendo a los propios inversores, no podemos arrodillarnos a este fetiche que vive viviendo de nosotros, viviéndonos a nosotros. La fe nos tiene que mantener, no solo cuando vemos que hacemos cuerpo con otros y podemos vivir con dignidad, sino cuando sentimos el poder aplastante de los que nos sacrifican a todos por su dinero. Si no estamos dispuestos a resistir con Jesús incluso en el abandono sentido de la cruz, acabaremos plegándonos a sus requerimientos abdicando nuestra dignidad.

\*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.